

# NIÑOS Y ADOLESCENTES: EL NUEVO ROSTRO DEL NARCOTRÁFICO EN MÉXICO

## CHILDREN AND ADOLESCENTS: THE NEW FACE OF DRUG TRAFFICKING IN MEXICO

**Eliza Marbet Tezoco-Tzanahua**

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Complejo Regional Sur

Licenciatura en Ciencias Políticas

[eliza\\_ih@hotmail.com](mailto:eliza_ih@hotmail.com)

### Resumen

En el presente artículo se analiza el impacto de tres factores importantes en el desarrollo social y emocional de los menores que propician su participación, ya sea forzada o consensuada, en los cárteles de droga mexicanos. Estos tres factores son: la violencia familiar, con problemas como desintegración familiar, abandono del menor, explotación laboral y trabajo sexual; la violencia social, con visibles problemas de desigualdad que incrementan los índices de pobreza, deserción escolar y violencia de género en todo el país, y en cuyo contexto, la frontera norte enfrenta una situación muy particular que la vuelve un foco rojo de inseguridad al ser la cuna de los grandes capos de la droga, lo que ha ocasionado como efecto colateral la tergiversación de la cultura a una narcocultura; y la violencia institucional, que se refleja en la vida de los menores a través de actos de corrupción, colusión del gobierno con los grupos narcotraficantes, errores en las políticas de seguridad como la “Guerra contra el Narcotráfico” en 2016, involucramiento de militares con los grupos delincuenciales, etc. Esta violencia estructural, que por años se ha repetido, ha llegado a tocar un punto sensible de la sociedad mexicana: los niños y adolescentes involucrados en el narcotráfico, quienes han sido criminalizados y estigmatizados. No obstante, tanto la sociedad como el propio gobierno no han cuestionado los motivos por los que un menor ingresa al narcotráfico y qué hay detrás del rostro de un niño narcotraficante. Por el contrario, la sociedad en general se muestra escandalizada, los narcotraficantes han sacado provecho de esta actividad ilegal y el gobierno ha minimizado e invisibilizado este problema.

**Palabras clave:** Niños, Adolescentes, Narcotráfico, Violencia familiar, Violencia social, Violencia institucional

## Abstract

This article discusses the impact of three important factors on the minors' social and emotional development that promote their involvement, whether forced or consensual, in Mexican drug cartels. The first factor is family violence, which causes problems such as family disintegration, child abandonment, labor exploitation and sex work. The second factor is social violence, which generates evident problems of inequality that increase poverty, school dropout and gender violence rates throughout the country. Within the context of social violence, the northern border tackles a very particular situation that turns it into a red flag of insecurity as it is the cradle of the awful drug lords, which has caused the distortion of culture to a narcoculture as a side effect. The third factor is institutional violence against minors, which is reflected in acts of corruption, government collusion with drug trafficking groups, failure in security policies such as the "War on Drug Trafficking" in 2006, military involvement with the organized crime groups, and so on. This structural violence, which has been recurrent for years, has presently become in contact with a sensitive point in Mexican society: children and adolescents involved in drug trafficking, who have been criminalized and stigmatized. Nevertheless, both society and the government itself have not inquired about the reasons for a minor to participate in drug trafficking and what is behind the face of a child drug dealer. Conversely, society in general seems to be scandalized, drug traffickers have made a big profit from this illegal activity and the government has minimized and made this problem invisible.

**Keywords:** Children, Adolescents, Drug trafficking, Family violence, Social violence, Institutional violence

## 1. Introducción

Durante años, México ha atestiguado el poder y el alcance que tiene el narcotráfico a través de la creación de redes de comercio entre América y el mundo. El trabajo que el narcotráfico desempeña es diverso, encargándose de la siembra, la cosecha, la compraventa y la comercialización de diferentes tipos de drogas, ya sean naturales o sintéticas.

Hasta antes de 2006, los problemas del narcotráfico eran prácticamente exclusivos de los estados de la frontera norte de México, por ser cunas de los grandes cárteles de la droga. Sin embargo, este panorama cambió a partir del año 2000 y se acentuó con la famosa “Guerra contra el Narcotráfico” del entonces Presidente Felipe Calderón en 2006 cuando se dimensionó el poder y el peligro que los cárteles representaban para la sociedad mexicana.

En general, los cárteles estaban conformados por hombres adultos, pero con el paso del tiempo este esquema empezó a cambiar y, aproximadamente hacia el año 2010, hubo un aumento en los índices de personas cada vez más jóvenes pertenecientes a estas organizaciones. Estos adolescentes e incluso niños empezaron a portar armas de alto calibre y se involucraron en delitos menores, como robo o asalto, hasta delitos mayores, como posesión de drogas y asesinato.

La presente investigación se centra en esta problemática social con el objetivo de conocer los factores sociales, económicos y familiares que generaron un cambio importante en el rango de edad de los integrantes de estos grupos criminales, pasando de tener sólo hombres adultos en sus filas a incluir niños y adolescentes en el narcotráfico. Para estudiar el tema, se analizarán tres factores fundamentales: la familia, rodeada de violencia y desintegración; el entorno social, con problemas como pobreza, narcocultura y deserción escolar; y las instituciones, plagadas de corrupción y desinterés social. La violencia es la cuestión en común que comparten estos tres puntos y que es el potencial detractor de la integridad y el bienestar de niños y adolescentes.

## 2. Violencia familiar: El comienzo del declive

Los relatos de Javier Valdez (2011) y Julio Scherer (2017) permiten conocer cómo la violencia familiar marca la vida de los niños y, por consiguiente, se vuelve un detonador potencial para empujarlos a las redes del narcotráfico.

Valdez (2011) realiza un recuento de historias obtenidas de primera mano, que reflejan lo que significa pertenecer a un cártel de las drogas. La mayoría de los relatos hablan de niños que habitan en estados de la frontera norte de México, donde los “morros” o “plebes”, como usualmente se les dice a los miembros más jóvenes de la población, están expuestos a caer en las garras de la delincuencia organizada. Pero ¿cuáles son los motivos? Valdez argumenta:

¿Por qué los niños y jóvenes se meten en esta vida brutal? Se ha dicho que por la falta de oportunidades, por la seducción de la vida fácil [...] [pero] también es por una profunda falta de amor, por abandono, por la asfixia de vivir en familias disfuncionales, por arrastrar un alma descoyuntada y sin afecto [...] para tragarse de una buena vez tanta jodida tristeza y miseria, hambre y falta de afecto, no importa que se atraviesen las balas (Valdez, 2011; 4).

En muchos casos, estos adolescentes representan una carga para su propia familia, así que se convierten en víctimas de agresiones físicas y psicológicas y, en gran medida, de violencia sexual por parte de algún familiar o terminan por ser prostituidos.

La vulnerabilidad que viven estos adolescentes se debe a sus necesidades emocionales y económicas, las cuales los convierten en presa fácil del narcotráfico que ha sabido cómo sacar provecho de estas circunstancias: “[...] los grupos están sustituyendo a los sicarios caídos y han incrementado su fuerza con niños y jóvenes, aquéllos que vivían en la calle, que estaban cometiendo delitos menores o bien que viven en la pobreza [...]”, señalaron fuentes gubernamentales anónimas en una entrevista realizada por Valdez en el estado de Tamaulipas.

La manera en que el narcotráfico se aprovecha de esta vulnerabilidad para manejar a niños y adolescentes a su antojo es el acercamiento simulado a través de la figura de un

amigo o un protector, quien les brindará un lugar “importante” en la organización y sobre todo les asegurará una paga que, aunque sea mísera, será más de lo que obtienen en casa o con pequeños trabajos en la calle.

José Luis Cisneros (2014) menciona que “la agresión maligna no es instintiva, sino que se adquiere, se aprende, se siembra en los primeros años de vida; se cultiva y se desarrolla durante la infancia y comienza a dar frutos en la adolescencia” (Cisneros, 2014; 11).

Estos “frutos” son los actos violentos que los menores llegan a cometer. Según Scherer (2017), es fácil relacionar la imagen de un niño con juegos infantiles, pero ahora esa imagen se puede relacionar con un arma, por ejemplo, los casos de “Juanito Pistolas” o “El Ponchis”, jóvenes menores de edad que se volvieron víctimas y victimarios de los cárteles.

El caso de Edgar Jiménez Lugo “El Ponchis”, niño sicario miembro del Cártel del Pacífico Sur, acaparó la atención de los medios de comunicación a mediados de 2010, cuando fue detenido por elementos del ejército mexicano. A sus doce años ya había iniciado su trayecto como sicario. Sus antecedentes estuvieron plagados de signos de violencia y desintegración familiar.

Feggy Ostrosky (2011) informa cómo la violencia familiar repercute en la vida adulta y llega a generar trastornos emocionales y neurológicos en una persona, y señala que uno de los puntos determinantes en la vida del infante es el vínculo que crea con sus padres: “El estar expuesto a violencia familiar nubla las emociones infantiles y atenta contra la capacidad de establecer apego. Un vínculo inestable y de inseguridad entre el niño y su cuidador es predictor de agresión” (Ostrosky, 2011; 32-33).

Ostrosky también analiza la violencia desde el sentido neurológico, pues ésta genera cambios en la corteza cerebral, específicamente en el sistema límbico:

La tensión que producen los traumas físicos, emocionales o sexuales, o la exposición a ambientes altamente traumáticos como la guerra o el hambre, puede disparar una serie de cambios hormonales que, a su vez, generan cambios cerebrales permanentes que

transforman la manera en que las personas manejarán sus emociones en el futuro [...] (Ostrosky, 2011; 87).

Provenir de una familia relacionada con el narcotráfico puede generar que los niños y adolescentes forjen emociones empáticas por esta actividad. La violencia desencadenada dentro de los cárteles se demuestra de una forma particular. Ostrosky explica que se carece de sentido emocional para poder realizar ciertas atrocidades. En el caso de los niños y adolescentes, la violencia premeditada tiene una finalidad exacta, la cual es “una paga”:

La agresión predatoria es una actividad dirigida hacia una meta particular, como la de obtener dinero de otro individuo o incrementar el estatus dentro de un grupo particular. De hecho, la mayor parte de las conductas antisociales (robo, fraude, secuestro) son instrumentales y dirigidas hacia un fin específico (Ostrosky, 2011; 105).

La violencia ejercida desde el núcleo familiar tiene fuertes repercusiones en la vida adulta del infante. Esta violencia es partidaria de la vulnerabilidad del menor y responsable de los traumas físicos y emocionales que el niño cargará durante toda su vida.

### **3. Violencia social: Pobreza y deserción escolar**

Después de hablar de la violencia que los niños sufren por parte de la familia, existe otro escenario donde los niños, las niñas y los adolescentes también son víctimas, la violencia social, manifestada desde diferentes aspectos. El primero de ellos es la pobreza. Más de la mitad de la población mexicana vive en situación de pobreza a pobreza extrema, lo que significa que no les alcanza para adquirir una canasta básica y mucho menos para tener acceso a educación, salud y vestido.

La frontera norte de México es un reflejo fiel de la desigualdad económica, como lo es cualquier otra parte del país, pero la particularidad de este lugar es la gran concentración de cárteles de la droga que han propiciado pobreza, desigualdad e inseguridad en las zonas limítrofes.

Valdez (2011) y Scherer (2017) describen el impacto que tiene la pobreza en los niños y adolescentes, que comienza con la necesidad de que muchos de ellos suplán roles fuera

de su edad, como dejar la escuela y comenzar a trabajar; sin embargo, su corta edad no les permite conseguir un trabajo formal, así que el narcotráfico se vuelve una “buena” opción, como señala Scherer:

De la miseria escapa a lo más el 2% de sus víctimas, pero de la pobreza se evaden muchos para sumarse a pandillas que los hacen fuertes para caer más tarde en el crimen organizado: siembra de amapola, se instrumentan como correos hormiga de la droga, se preparan como coadyuvantes del secuestro y matan [...] (Scherer, 2017; 8).

Otro problema social que se presenta en la vida de estos menores, se centra en el grado de escolaridad al que pueden aspirar. La violencia y la pobreza también son causantes de deserción escolar; un porcentaje considerable de niños y adolescentes que se involucra con el narcotráfico no logra terminar su educación básica. Evidentemente, esto repercute directamente en las pocas oportunidades que tendrán para conseguir un trabajo formal bien retribuido. Ostrosky comenta:

De los 6 a los 11 años, la escuela es una experiencia fundamental y definitoria que tendrá influencias marcadas sobre la adolescencia [...] Un niño que fracasa en la escuela pone en función actitudes defensivas que pueden oscurecer los proyectos de toda la vida [...] (Ostrosky, 2011; 50).

La escuela es un factor crucial para la formación del menor; sin embargo, todas las dificultades que encuentran en su camino hacen que cada vez más pupitres queden vacíos y los alumnos cambien una mochila escolar por un arma.

Según el investigador José Lorenzo Encinas Garza (2019), la escuela también es generadora de otro factor importante al que denomina “gratificación postergada”. Básicamente, la diferencia radica entre los niños que van a la escuela y aquéllos que no lo hacen. Quienes asisten a la escuela esperan una “gratificación” al culminar los años de estudio, que puede ser trabajo, poder adquisitivo y otros. Por otra parte, aquellos menores que por diversas circunstancias no pueden asistir o que, por el contrario, no quieren esperar esta “gratificación”, acuden a la inmediatez, al dinero y al “poder” rápido. Pérez Islas señala que “formar parte del narcotráfico puede llegar a ser una opción tentadora cuando se combinan las oportunidades para el éxito y una forma de vida que

a una edad temprana les permite acceder al consumo de drogas y la posesión de armas” (Entrevista a Pérez Islas, en Encinas, 2019; párrafo 31).

Actualmente, la vida escolar también se enfrenta a nuevos retos. Según Elda Lucia González Cuevas, Patricia Rodríguez y Lourdes Benítez Ontiveros (2013), los planteles educativos se han visto envueltos en actos de violencia, provocados por grupos criminales involucrados en el narcotráfico.

Estos hechos se exponen [...] mediante tres rubros. El primero se refiere a las balaceras y tiroteos en contextos escolares [...]; el segundo trata sobre hechos delictivos como las extorsiones, los secuestros, los robos y los asaltos que se han dirigido, fundamentalmente, contra el magisterio; y el tercer rubro aborda la parte subjetiva de los estudiantes, manifestada a través de prácticas y símbolos culturales que exaltan y rinden culto al fenómeno del narcotráfico (González, Rodríguez y Ontiveros, 2013; 439).

Como se puede observar, la rendición de culto hacia el narcotráfico por parte de la comunidad estudiantil, desde niveles como la primaria, es una realidad innegable. Cada vez más estudiantes anhelan convertirse en “sicarios” o “narcotraficantes”, por lo cual Valdez sostiene que “[...] son pequeños sicarios, sus escoltas y él un pequeño capo. Un capito. Aspirante a narco. Sicario en el horno, en cocimiento, en pleno hervor” (Valdez, 2011; 10).

Este problema conecta directamente con la cultura, que muchas veces ha servido para prolongar la violencia, principalmente en la frontera norte del país. Este tipo de cultura delincencial es precisamente la que más ha atraído a los niños y adolescentes, ya que buscan encajar en grupos de amigos o dentro de sus colonias. Lorenzo Encinas hace referencia a esto al comentar que:

Podríamos hablar de que en estos barrios existe una forma de cultura parental en términos antropológicos que se convierte en pauta establecida y que es una especie de patrón de comportamiento aprendido por los jóvenes dentro de su proceso de socialización (Encinas, 2019; párrafo 12).

Los adolescentes llegan a formar parte de pandillas donde buscan la familiaridad y el compañerismo que no encontraron en sus propios entornos familiares. Estas pequeñas

bandas se forman para cometer delitos menores y marcar territorio entre bandas contrarias, hecho de suma importancia para los cárteles, ya que es aquí donde comienzan el reclutamiento. José Antonio Pérez Islas señala que “aunque no hay que generalizar, los grupos criminales reclutan a menores pero no a todos los pandilleros, sino más bien a los que les son más útiles y de ahí van seleccionados y les atribuyen funciones especiales” (Entrevista a Pérez Islas en Encinas, 2019; párrafo 29).

La rivalidad entre pandillas crece, así como la admiración entre jóvenes. Al respecto, Cisneros (2014) menciona que “estos menores en su cotidianidad saben que un “chavo” que vende drogas, asesina, corrompe y no es detenido por la policía [...] se convierte en un personaje de admiración y ejemplo de otros menores [...]” (Cisneros, 2014; 14).

La frontera norte es un paraíso para aquellas mentes criminales que buscan acrecentar su poder y sus negocios y donde los jóvenes se ven atraídos por este estilo de vida delictiva, normalizada y aceptada por la sociedad; por consiguiente, en muchos casos no es la necesidad económica, sino el afán de formar parte de algo “normal y común” que da poder y presencia frente a otros, lo que motiva a estos jóvenes a delinquir. Esquivel (2019) apunta que, en la frontera, esa delicada línea entre lo legal y lo ilegal es casi imperceptible, a tal grado que lo que para algunos pudiera ser ilegal en la frontera norte es de lo más normal.

Este problema cultural da lugar a otro factor importante, que es “la cultura machista” y la violencia de género hacia la mujer. En una entrevista realizada a la expresidenta del Instituto Nacional de las Mujeres en el año 2010, María del Rocío García Gaytán, denuncia que la participación de la mujer en el narcotráfico no se da de la misma forma que con el hombre y afirma que “[...] las mujeres son el eslabón más débil en la cadena del tráfico de drogas [...] las mujeres no se dedican a esta actividad por sí mismas, sino por apoyar a sus parejas hombres, o bien hermanos, padres e hijos, por una situación sentimental” (Entrevista a María del Rocío García, 2010).

Este contexto en el que se encuentra inserto el menor acarrea consecuencias en su forma de percibir el mundo, de hacer frente a él, pero sobre todo, lo coloca en la escena perfecta para ser arrastrado por el narcotráfico.

#### 4. **Violencia institucional: La negligencia del Estado**

Hasta el momento se han abordado dos eslabones de la violencia estructural que sufre el menor de edad y ahora, como último factor, se tratará la violencia institucional. Este tipo de violencia es ejercida por el propio gobierno, que ante sus repetidas negligencias ha dejado el camino libre al narcotráfico para poder hacer de las suyas con la integridad de los menores. Uno de los grandes problemas en este país es la corrupción ejercida por el gobierno.

En el libro “El juicio: Crónica de la caída del Chapo” de Jesús Esquivel (2019) se dimensiona el nivel de corrupción existente entre los funcionarios encargados de la seguridad en México, como el caso de Genaro García Luna jefe de seguridad del gobierno de Felipe Calderón. Aquel sexenio es un punto clave para este estudio al haber un antes y un después de 2006 con el comienzo de la “Guerra contra el Narcotráfico” que representa un parteaguas en la historia moderna del país.

Esta lucha, sin duda, ha sido tachada por muchos académicos, políticos y especialistas en el tema como un rotundo fracaso, pues, a seis años de su inicio, no sólo se ha cuestionado ésta por el derramamiento de sangre y los costos económicos y sociales, sino también porque en términos reales la población en general no ha visto los resultados reiteradamente difundidos y remarcados por los discursos oficiales (Cisneros, 2014; 7).

El gobierno, más que dar una respuesta a dichos problemas, se encargó de criminalizar y estigmatizar a los menores involucrados, lo cual se tradujo en un desamparo y abandono total, dejando así el camino libre a los grupos narcotraficantes, Encinas apunta:

Estos adolescentes son muy apreciados por las organizaciones criminales, ya que por su corta edad no suelen ser arrestados, lo que los hace ideales para “halcones” o “estacas”. Les pagan poco, pero al provenir de familias desintegradas, ser pobres y desertores de la escuela, ese pago mínimo les basta para sentirse exitosos y ostentar un fuerte sentido de pertenencia (Encinas, 2019; párrafo 39).

Su vulnerabilidad, hace que los niños sean fáciles de remplazar y nadie levante la voz por ellos, de ahí el término “carne de cañón” y “desechables”. Según los datos obtenidos por la Red por los Derechos de la Infancia en México (REDIM) 2010:

La llamada “Guerra contra el Narcotráfico” [...] ha dejado más de 4,000 niños y adolescentes muertos, en la orfandad o reclutados por bandas de sicarios [...] de 2006 a la fecha casi 1,000 menores de diecisiete años de edad, fueron asesinados en incidentes relacionados con la lucha contra el narco. Además, unos 30,000 menores podrían estar cooperando de alguna manera con las organizaciones criminales [...] (REDIM, 2010 en Valdez, 2011; 6).

En muchas ocasiones estos niños y jóvenes que cometen crímenes llegan a pisar al menos una vez en su vida el reclusorio, donde otro problema serio queda en evidencia, pues estos lugares reflejan la desigualdad de oportunidades y problemas tales como la pobreza, el abandono y la violencia familiar:

Ahí, en el interior del reclusorio, no habría manera de encontrar internos provenientes de las clases adineradas o del gremio de los políticos con poder. Los internos podrían calificarse como segundas voces apenas audibles. Los internos del centro no tuvieron un padre o una madre con presencia ante los tribunales, algún abogado que tomara como propia su causa o una familia que los auxiliara en la búsqueda de un futuro sólido. Cayeron en el vacío del desinterés (Scherer, 2017; 24).

Las medidas tomadas por el presidente Felipe Calderón y, posteriormente, por los mandatarios sucesores no han servido para mitigar la fuerza de estos grupos criminales. Según REDIM 2011:

[...] existen 45 grupos armados en el país. Frente a ellos la actuación del gobierno ha sido similar en todos los casos: le restó importancia a las circunstancias y reclamos sociales vinculados al surgimiento de estos grupos armados y la respuesta se limitó invariablemente al restablecimiento del orden mediante el aniquilamiento físico de los movimientos (REDIM 2011, en Emmerich, 2011; 4).

Norberto Emmerich (2011) denuncia que otro factor que ha fortalecido al narcotráfico es la incursión de miembros del ejército mexicano a sus organizaciones. El reclutamiento

forzado no sólo se da entre los grupos narcotraficantes, sino también dentro del ejército, en el que legalmente sólo jóvenes mayores de 18 años pueden inscribirse a escuelas militares o mayores de 16 con autorización de los padres o tutores, pero el problema que se presenta es que muchos de los adscritos provienen de familias disfuncionales y en situación de pobreza y no entran por voluntad propia, sino a la fuerza. La relación entre el narcotráfico y la milicia se refleja en este reclutamiento, ya que muchos adolescentes al término de su preparación no servirán a la nación, sino a los grupos delincuenciales.

Parte de esta violencia institucional también se debe a la falta de interés del Estado por invertir en investigaciones sociales que generen información para conocer de manera certera las problemáticas que enfrentan los niños y adolescentes y, por supuesto, para generar políticas públicas que coadyuven en la solución. Emmerich señala que “México carece de un sistema de información sobre la niñez” (Emmerich, 2011; 6). Esta falta de información provoca que las problemáticas que enfrentan los niños y adolescentes queden invisibilizadas. Los datos que cada año se recaban vienen de organizaciones no gubernamentales como la REDIM, cuyo informe del año pasado señala que:

Diariamente desaparecen 4 y asesinan a 3.6 niñas, niños y adolescentes, sin que la nueva administración atienda los urgentes llamados para desarrollar una “Estrategia Nacional de Prevención y Atención a la Violencia Armada contra Niños, Niñas y Adolescentes” con apoyo de expertos internacionales y la sociedad civil, que permita establecer con claridad los tramos de responsabilidad institucionales a nivel federal, estatal y municipal (REDIM, 2019: 3).

Por último, una cuestión que debe ser aclarada es la falta de estrategias para reducir el poder de los cárteles, que no sólo habla de falta de voluntad política, sino también de medios económicos para diseñarlas. Según María Eugenia de la O y Alma Leticia Flores Ávila (2016) “[...] este esquema de producción, circulación y consumo de drogas permite comprender que la llamada “delincuencia organizada” es parte de la economía global [...]” (De la O y Ávila, 2012; 16).

De acuerdo con los datos anteriores, es evidente que dentro de las instituciones gubernamentales los niños y adolescentes no tienen lugar, ya que el Estado no se ha centrado en proteger y salvaguardar la integridad de la comunidad más joven de la

sociedad y ha desatendido las ventanas de oportunidad para atacar problemas relacionados a la violencia familiar, la educación emocional y la promoción de una cultura sana.

## 5. Conclusión

El contexto actual en el que se desenvuelven los menores de edad es bastante difícil al estar rodeados de pobreza, hambre, falta de educación y otros problemas. Estos problemas, en conjunto con la creciente ola de inseguridad que se traduce en el alza del poder del narcotráfico, han propiciado todo un escenario para que las nuevas y jóvenes generaciones sean arrastradas a un laberinto sin salida, donde niños y adolescentes ven como única alternativa el convertirse en el nuevo rostro del narcotráfico.

Las inexistentes barreras para los cárteles de la droga y toda su red de trabajo hacen que no haya límite alguno para el reclutamiento, la incorporación y el adiestramiento de estos menores, a los que pueden posicionar y explotar en cualquiera de sus diversas formas de trabajo. El desamparo familiar, social e institucional deja a los niños y adolescentes vulnerables y expuestos a la violencia de los grupos narcotraficantes.

Los aportes anteriores sirven para reflexionar todo lo que rodea y esconde la figura de un menor narcotraficante, que prolonga la violencia e incrementa los índices de inseguridad en perjuicio de toda la población. Sin embargo, es importante notar que este problema no se resolverá con el simple hecho de detener y encarcelar al “delincuente”, pues si no se atienden los problemas de raíz, como los existentes desde el seno familiar, cultural, social e institucional, indudablemente los resultados seguirán siendo los mismos: insuficientes, imprecisos, ineficaces y, sobre todo, con un alto margen de violencia y falta de respeto a los derechos de los niños y los adolescentes.

## Referencias

Cisneros, J. L. (2014). Niños y jóvenes sicarios: una batalla cruzada por la pobreza. *El Cotidiano*, julio a agosto, No. 186, pp. 7-18. México: UAM. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=325/32531428002>.

De la O, M. y Flores, A. (2012). Violencia, jóvenes y vulnerabilidad en la frontera noreste de México. En *Desacatos*, No. 38. Recuperado de: <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/268>.

Encinas, J. (2019). Jóvenes sicarios. La generación desechable: vivir rápido y morir joven. En *Ciencia UANL*. Recuperado de: <http://cienciauanl.uanl.mx/?p=6037>.

Esquivel, J. (2019). *El juicio. Crónica de la caída del Chapo*. México: Grijalbo.

Emmerich, N. (2011). *Cruce de fuego: niños, niñas y adolescentes en el narcotráfico mexicano*. Universidad de Belgrado. Buenos Aires. Recuperado de: [https://www.researchgate.net/publication/236211140\\_Cruce\\_de\\_fuego\\_ninas\\_ninos\\_y\\_adolescentes\\_en\\_el\\_narcotrafico\\_mexicano](https://www.researchgate.net/publication/236211140_Cruce_de_fuego_ninas_ninos_y_adolescentes_en_el_narcotrafico_mexicano).

González, L.; Rodríguez, P. y Ontiveros, L. (2013). Narcoviolenca en las escuelas. En Furlán, A. y Spitzer T. (Coord.). *Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas: 2002-2011*, pp. 437-453. México: ECOSUR.

Ostrosky, F. (2011). *Mentes asesinas. La violencia en tu cerebro*. México: Quinto Sol.

Scherer, J. (2017). *Niños en el crimen*. México: Penguin Random House.

Valdez, J. (2011). *Los morros del narco*. México: Santillana.